

REVISTA CHILENA

DE

HISTORIA Y GEOGRAFÍA

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL

Órgano de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía

SUMARIO:

	Págs.
<i>Sesión general</i> celebrada por la Sociedad Chilena de Historia y Geografía el 27 de Diciembre de 1914, con el objeto de hacer entrega al señor don Gonzalo Bulnes de la medalla anual de oro de la Sociedad	5
AMUNÁTEGUI SOLAR, <i>Domingo</i> .—Bosquejo histórico de la Literatura Chilena (<i>Continuación</i>)	17
CUADRA GORMAZ, <i>Guillermo</i> .—Origen de doscientas familias coloniales de Santiago (<i>Continuación</i>)	35
L. R. P.—Conferencia sobre la Carta Internacional del Mundo	73
VALENZUELA, <i>Pedro Armengol</i> .—Glosario etimológico de nombres de personas, animales, plantas, ríos y lugares aborígenes de Chile y de algunas otras partes de América (<i>Continuación</i>)	122
ZENTENO, <i>José Ignacio</i> .—El General Zenteno (<i>Continuación</i>)	157
ECHERRÍA Y REYES, <i>Antibal</i> .—Precursores de Colón	161
GANA Y LÓPEZ, <i>Rafael</i> .—Memorias del Sargento Mayor de Ejército y servidor de la Independencia, don Rafael Gana y López, 1816-1823 (<i>Continuación</i>)	191
Los Talaveras en Curicó	226
Mareó del Pont y la Real Audiencia de Santiago de Chile	232
MATTA VIAL, <i>Enrique</i> .—Papeles de doña Javiera de Carrera (<i>Continuación</i>)	240
LATCHAM, <i>Ricardo E.</i> —Uso y preparación de pieles entre los indios de Chile y otros países de Sud-América	246
MOLINARE, <i>Nicanor</i> .—Un Director Supremo de Chile que no gobernó	264
Carta del General don Román A. Deheza a don Benjamín Vicuña Mackenna	286
GUZMÁN, C. A.—Cómo administraban justicia los Carrerinos	290
CÚNEO-VIDAL, R.—De algunas etimologías del bajo Collasuyo (Urin Collasuyo) de los Incas	295
DE MONTESSUS DE BALLORE, <i>Fernando</i> .—Bibliografía general de temblores y terremotos	306
VICUÑA CIPUENTES, <i>Julio</i> .—Mitos y supersticiones recogidos de la tradición oral chilena (<i>Continuación</i>)	415
Bibliografía	475
Actas de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía	494

Imprenta Universitaria

Bandera 130

1915

COLABORADORES

===== hasta el presente número =====

AGOSTINI, Alberto De
ALDANA, Arturo
AMBERGA, Fray Jerónimo de
AMUNÁTEGUI SOLAR, Domingo
BALLIVIÁN, M. V.
BARAHONA VEGA, Clemente
BERTHLING Hans
BERTRAND, Alejandro
BLANCHARD-CHESSI, Enrique
CABRERA, Arturo
CAÑAS PINOCHET, Alejandro
CAVADA, Francisco J.
COIAZZI, Antonio
CUADRA, Guillermo
CÚNEO VIDAL, R.
CUMMING, Alberto
DE LA CRUZ, Ernesto
DÍAZ MEZA, Aurelio
DONOSO, Armando
ECHEVERRÍA Y REYES, Aníbal
EDWARDS, Alberto
ENCINA, Francisco A.
ESPEJO, Juan Luis
ESPINOSA, Aurelio M.
ERRÁZURIZ, Crescente
FONCK, Francisco
FUENZALÍDA, José del C.
GAJARDO REYES, Ismael
GALDAMES, Luis
GARCÍA HUIDOBRO, Elías
GÁTICA MARTÍNEZ, Tomás
GÓMEZ GARCÍA, Agustín
GUEVARA, Tomás
GUMMÁ Y MARTÍ, Alfredo
GUZMÁN, C. A.
HANSSEN, Federico
HÜBNER BEZANILLA, Jorge
HUIDOBRO GUTIÉRREZ, Ramón
KNOCHE, Walter
LAGOS, P. Roberto
LATCHAM, Ricardo E.
LAVAL, Ramón A.
LIZANA, Desiderio
LIZANA M., Elías
MACHADO, Miguel R.
MAGALLANES, Manuel M
MARÍN VICUÑA, Santiago
MATUS Z., Leotardo
MATTA VIAL, Enrique
MARDONES, Francisco
MEDINA, José Torjbio
MOLINA, Evaristo
MOLINARE, Nicanor
MONTANER BELLO, Ricardo
MONTEBRUNO, Julio
DE MONTESSUS DE BALLORE, F.
NIETO DEL RÍO, Félix
OYARZÚN, Aureliano
POSNANSKY, Arthur
PEÑA MUNIZAGA, Nicolás
PRIETO, Luis Francisco
PORTER, Carlos E.
RAMÍREZ, Tomás A.
RISO PATRÓN, Luis
RISTENPART, F. W.
SÁNCHEZ, Pedro O.
SANTA CRUZ, Joaquín
SILVA COTAPOS, Carlos
SILVA VILDÓSOLA, Carlos
THAYER OJEDA, Tomás
TORO, Gaspar
UHLE, Max
URZÚA, Miguel Rafael
VAISSE, Emilio (Omer Emeth)
VALENZUELA, Itmo. Fr. Pedro A.
VALDÉS VERGARA, Francisco
VARAS VELÁZQUEZ, Miguel
VICUÑA MACKENNA Carlos T.
VICUÑA CIFUENTES, Julio
VILLANUEVA, Carlos E.

NOTA

La Dirección de la REVISTA no se hace responsable de las ideas que emitan los autores en sus escritos.

REVISTA
CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA



REVISTA CHILENA

DE

HISTORIA Y GEOGRAFÍA



ÓRGANO

DE LA

SOCIEDAD CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA

TOMO XIII

Santiago de Chile

IMPRENTA UNIVERSITARIA

BANDERA 130

1915



Don GONZALO BULNES

REVISTA CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA

Sesión General

Celebrada por la Sociedad Chilena de Historia y Geografía el 27 de Diciembre de 1914, con el objeto de hacer entrega al señor don Gonzalo Bulnes de la medalla anual de oro de la Sociedad.

(Discursos de don JOSÉ TORIBIO MEDINA, don GONZALO BULNES y don ALBERTO EDWARDS).

Don José Toribio Medina

«Ha ya bastantes años que el más ilustre de los literatos españoles de estos tiempos reconocía como carácter distintivo de las manifestaciones de espíritu en nuestra nación el desarrollo de los estudios históricos, y ahora recientemente, un distinguido catedrático de la Universidad de Columbia, que conoce a fondo la producción intelectual de la América latina, no podía menos de poner de relieve ese mismo hecho. Sobrábales razón, en verdad, para establecer tal aserto. Condiciones de raza, que afectaban profundamente el temperamento de los hijos de este país, los hechos realizados en él, la seriedad en el cultivo de los estudios, eran causas todas que concurrían,

nó a llevarlos a las regiones ideales del lirismo y de la poesía, ni a las lucubraciones de la imaginación, pero sí a las tranquilas esferas en que nace y se desarrolla el ambiente de la Historia. El suelo de este país, por otra parte, había sido teatro de sucesos que desde la época misma de su descubrimiento y conquista resultaron dignos de recordarse en la epopeya. Los nombres de los defensores de sus hogares invadidos fueron prestigiados y ensalzados por el primero de los épicos del habla castellana. Ellos eran salvajes; él pertenecía a una raza mucho más adelantada; pero el amor a la patria, llevado hasta el sacrificio de cuanto es caro al hombre, hizo que sus hazañas llegaran a ser populares en el mundo.

Esos hechos, que hoy constituyen nuestra admiración y cuya herencia afortunadamente nos pertenece, habrían quedado desconocidos si no hubiesen encontrado quienes los recordaran a la posteridad: sin Homero, los héroes de la guerra de Troya estaban condenados a permanecer olvidados para siempre; sin Ercilla, Rengo, Galvarino, Lautaro y Caupolicán no existirían para memoria y ejemplo de los que después poblaron los valles, las costas y las montañas de Chile.

No es este el momento de enumerar y apreciar la labor de los que en el período mismo de la conquista, ya durante la colonia, hubieron de seguir la tradición histórica, vinculada, como lo recordaban Menéndez Pelayo y el profesor Shepherd, a la idiosincrasia del espíritu nacional; ni me cumple insistir en manifestar cómo más tarde surgieron entre nosotros historiadores del fuste de Barros Arana, Amunátegui, Vicuña Mackenna, Sotomayor Valdés, Errázuriz y Gonzalo Bulnes, cuya fiesta celebramos hoy.

Bien lo sabemos todos: él ha sido el analista y concienzudo cuanto brillante historiógrafo de nuestras campañas al Perú, de una de las cuales habría podido decir con perfecta exactitud su ilustre padre, como el poeta de Augusto: *quarum magna pars fuit*. Razón sobrada tenía, pues, para adueñarse de aquel tema, que nadie, es preciso reconocerlo, estaba en situación de tratar con más acierto y cariño que él: siendo justo reconocer, todavía, que en sus obras consagradas a referir aquellas campañas, dignas de titanes, a la grandeza de los hechos relatados, corresponde dignamente su prolija investigación, la imparcialidad de sus juicios y las galas de su estilo. Historiador, diplomático, periodista, hombre de administración, laborioso cooperador de la buena dirección de la cosa pública desde su asiento en el Senado: títulos son todos que le hacen digno del aplauso y de la gratitud de sus conciudadanos. La Sociedad de Historia y Geografía, a cuyo nombre me cabe la honra de dirigirme a él, me encarga hacerle entrega de esta medalla, que significa la más alta distinción a que puede aspirar un hombre de letras entre nosotros, como reconocimiento a su labor de cerca de treinta años, y cuyo brillo se manifestó desde la primera obra que salió de su pluma, hasta la última con que ha enriquecido la historia patria, que es recuerdo imperecedero de las glorias de los hijos de Chile y ejemplo alentador y luminoso para los que en el futuro se vean en el caso de imitarlos.»

El señor don Gonzalo Bulnes

«Doy las gracias a los oradores que con más benevolencia que justicia se han referido a mi labor histórica, y en especial al señor Ministro de Hacienda que se ha dig-

nado tomar parte en este acto. Doy también las gracias a la Sociedad de Historia y Geografía, y acepto la distinción con que me honra, como la consagración de su opinión ilustrada en favor de la pequeña parte que me cabe en la obra de la historia nacional.

Los que han estudiado el desarrollo de nuestra literatura, desde sus primeros aleteos a la vida, a mediados del siglo XIX, han hecho notar que en Chile se ha dado una gran preponderancia a los estudios históricos, formulando la observación casi como un reproche. Yo lo encontraría justo si no hubiéramos hecho nada más que historia, y si el campo de la investigación del pasado estuviese agotado o casi agotado. Pero no es así. Muy al contrario: el terreno de nuestra historia está casi virgen y en lo que se refiere a la época contemporánea, especialmente, apenas hay uno que otro retazo labrado. La Colonia, que podría creerse suficientemente estudiada, está en vías de reconstrucción casi completa, a medida que se aprovechan los materiales que se guardaban en los archivos de España, o sea a medida que Medina amonтона los fragmentos de su prodigiosa investigación y que escritores como Errázuriz u otros pulen esos nuevos elementos de crítica y de verdad.

Pero todavía más que a la Colonia se aplica esta observación a nuestra vida independiente. Hay narraciones de mucho mérito sobre períodos aislados, pero faltan las historias sucesivas y ordenadas que den idea clara de la marcha civil y política de la República desde que se organizó definitivamente en 1833 hasta el día. Y tan es así que si alguien me preguntara dónde podría encontrar el libro en que se resume el conjunto del desarrollo armónico de nuestro país en los últimos ochenta años, tendría

que decirle que no existe: y no existe porque un libro así se apoya en muchos otros, porque la historia general no puede escribirse antes de que hayan aparecido las historias parciales que le sirven de cimiento, las cuales están aun por hacerse.

Yo he introducido el arado de la investigación en una vereda del ancho camino que ha recorrido la República: en la vereda militar de nuestras campañas al Perú. Pero queda por labrar el terreno de nuestra organización civil, que es menos episódica y con menos colorido que la otra si se quiere, pero que también es muy grande, y que es tan útil para el ciudadano como recordarle sus servicios y deberes en la guerra. Queda, pues, un vasto campo que recorrer y por eso dirigiéndome a los jóvenes les digo: No os dejéis impresionar por el reproche de que en Chile haya demasiada historia. Cuando una sección del campo está virgen no se le puede decir al labrador que no lo remueva porque ya ha trabajado en otra parte lo bastante. Pesa sobre vosotros el deber de continuar una tradición que fué muy honrosa y de no permitir que se extinga en vuestras manos la luz que encendieron en la segunda mitad del siglo pasado, nombres ilustres, que fueron los jalones gloriosos de la intelectualidad nacional.

Y luego si en Chile hubiera tanta historia como se dice, ello no probaría sino que es digna del amor que se la profesa. Es muy corta nuestra historia porque es muy corta nuestra vida de colonia y de nación, pero es una fuente inagotable de grandes ejemplos. Y por lo demás es sabido que la inteligencia se modela con el ambiente que la rodea: que el pintor es el producto de la belleza del paisaje que hiere su retina: insectos hay que se tiñen con los colores de la piedra en que extienden sus alas.

Siendo así, qué tiene entonces de raro que la inteligencia nacional se haya sentido atraída como la mariposa a la luz por su historia, la cual a semejanza de las cordilleras ostenta los picachos más arrogantes y orgullosos del patriotismo y del esfuerzo humano.

La Sociedad de Historia y Geografía presta un gran servicio al país fomentando el culto de los grandes recuerdos, que es a la vez de los grandes deberes, y honrando y perpetuando la tradición que dió a Chile el cetro de los estudios históricos en una gran parte de este continente.»

Don Alberto Edwards, Ministro de Hacienda

«La Sociedad Chilena de Historia y Geografía discernió el año 1912 su primera medalla de oro a don Crescente Errázuriz, al ilustre, al venerable historiador de los orígenes de nuestra nacionalidad, y en 1913 a don José Toribio Medina, esto es, a la más alta figura de la ciencia de la Historia en la América latina.

Cabe hoy a don Gonzalo Bulnes el honor de colocar su nombre al lado de estos nombres eminentes. La Sociedad ha acordado discernirle igual recompensa por una obra cuya publicación alcanzó las proporciones de un acontecimiento nacional.

Pertenece el señor Bulnes a una familia en que el patriotismo y el amor al estudio son ya una tradición. Fué su abuelo el Presidente don Francisco Antonio Pinto, el general filósofo, el hombre de refinada cultura, que intentó el primero reemplazar en Chile el gobierno de la espada por el ejercicio regular de las instituciones representativas.

Fué su padre el más grande de los Presidentes de Chile, el vencedor de Yungay, aquél a quien cupo la gloria de afianzar para siempre en nuestro suelo el imperio de la libertad fundada en el orden, el que mereció ser llamado, como Washington en la Gran República del Norte, el primero en la guerra, el primero en la paz, y el primero en el corazón de sus conciudadanos.

Ese grande hombre de guerra, educado en medio del estrépito de los combates, debió gran parte de los éxitos de su fecunda y progresista administración, al respeto que profesó siempre por los espíritus estudiosos y cultivados. A su nombre van unidos en nuestra historia los de Bello, Montt, Varas, Rengifo, Tocornal, García Reyes, Sanfuentes y cien otros más que ilustraron la política o las letras. En su época brilló el primer lampeo de cultura sobre nuestra patria.

«Por saber lo que ese hombre supo, diera yo mis laureles de guerrero y de mandatario», dijo don Manuel Bulnes a su hijo don Gonzalo, niño entonces, junto al lecho de muerte del sabio Bello.

Nobleza obliga, y don Gonzalo Bulnes no ha querido desmentir las tradiciones de su raza. Escritor desde la adolescencia, era todavía muy joven cuando ya había trazado la historia de nuestras viejas campañas del Perú, en tres libros que no pueden faltar en ninguna biblioteca chilena.

Más tarde, el tumulto de los negocios, las ásperas luchas a que lo obligó la vida, desviaron por algunos años su actividad de sus estudios favoritos. Pero una vez conquistada la fortuna y el reposo, volvió a la tarea con juvenil entusiasmo. Fruto de esta segunda etapa de su la-

bor intelectual, ha sido la *Historia de la Guerra del Pacífico*, cuyo primer volumen vió la luz en 1911.

Pocos libros han alcanzado en Chile un éxito semejante al de esta obra del señor Bulnes. Chile vió en ella evocadas sus glorias y se estremeció de patriótico orgullo. Al leerla sentimos todos cobrar nueva vida dentro de nuestros pechos al sentimiento nacional.

Y sin embargo, la *Historia de la Guerra del Pacífico* es, ante todo, un monumento de justicia. El corazón vehemente, el ardoroso patriotismo del señor Bulnes, no le han hecho descender de su alto solio de historiador imparcial y verídico. Supo rendir tributo al adversario y honrar a la patria reconociendo el valor de sus enemigos vencidos.

Las causas de la guerra están admirablemente expuestas en la obra que nos ocupa. Su narración clara, bien documentada, destituida de declamaciones pueriles o inútiles, deja bien establecida la justicia de nuestra causa, y el amor a la paz y a la concordia de los pueblos americanos que ha caracterizado a todos los gobiernos de Chile, y muy especialmente al que se vió obligado en 1879 a defender con la espada los legítimos intereses del país.

Al deslindar las responsabilidades de pueblos y gobiernos, al exponer las grandes y pequeñas intrigas políticas y diplomáticas, al describir en su conjunto y en sus detalles la situación moral y económica de las naciones que van a entrar en lucha, el señor Bulnes nos ha trazado un cuadro completo de las tres Repúblicas del Pacífico, en vísperas de la guerra.

Se sabe cuan difícil es en obras de este género, sustraer la narración de sus casi inevitables escollos: la monotonía y la confusión. El señor Bulnes sabe triunfar de ambos.

Matiza con arte no vulgar las grandes y sobrias pinceladas del conjunto con escenas que parecen vividas, y en pocas líneas llega a producir efectos casi teatrales.

Recuérdense, por ejemplo, la descripción de la dramática entrevista de Chorrillos, entre el diplomático chileno don Joaquin Godoy y el Presidente del Perú don Mariano Ignacio Prado; y la pintura llena de colorido del motín militar que derrumbó en Arica la dictadura de Daza.

¡Qué escena de Molière! exclama el señor Bulnes, ¡qué artistas tan consumados!... A la verdad, en ese momento, el artista consumado es el propio autor.

El señor Bulnes sabe además lo que es la guerra y conoce el secreto de los triunfos de la espada. Su obra es por eso profundamente útil.

No fueron, en efecto, ni el valor individual, ni los ciegos actos de arrojo los que levantaron tan alto a la República en 1879. Fueron la organización superior, el patriotismo sereno, la disciplina y obediencia del pueblo, las elevadas concepciones de los estadistas.

Esta verdad, que nunca debiéramos recordar demasiado, se desprende de todas las páginas del libro del señor Bulnes. Hasta cuando modela las figuras inmortales de los mártires de Iquique no olvida de observarla: «Fueron héroes, dice, pero héroes inteligentes».

No es, pues, aceptable el reproche que se ha solido hacer a la obra del señor Bulnes, de que le falta vuelo épico. Cuando el caso lo requiere, bien sabe el autor encontrar los acentos de la epopeya. Dígalo, si no, su descripción del recordado combate de Iquique. Pero si ha de ser la historia la maestra de los pueblos, debe tender más

que a la exaltación fugaz de los sentimientos, a dar lecciones útiles.

El señor Bulnes ha destinado cada uno de los tres volúmenes en que se dividirá su obra, a un período de la guerra perfectamente caracterizado y definido. Así los dos tomos que ya conocemos presentan no sólo unidad dramática, sino, por decirlo así, desenlace. Bajo este concepto, la *Guerra del Pacífico* es una trilogía histórica.

En el primer tomo se da fin a la campaña marítima, se establece la supremacía de Chile en el Pacífico, y las armas de la República ocupan todo el vasto desierto salitre-ro. La hora del peligro nacional ha pasado, la victoria se ha conseguido. Sólo falta reducir los vencidos a la impotencia, para obtener una paz sólida y duradera.

A primera vista pudo creerse que el segundo volumen no iba a presentar tanto interés como el primero y que, por la fuerza de las cosas, tendría que limitarse a la descripción monótona y fatigosa de las campañas del ejército de tierra.

Supo, sin embargo, el señor Bulnes dar variedad a su argumento y mostrarnos la historia del año 1880 bajo un aspecto enteramente nuevo.

Las descripciones de marchas y batallas son sobrias y concisas. Las combinaciones estratégicas fueron, en la guerra del Pacífico, sobrado simples, para que su estudio pueda ocupar muchas páginas, y no era el propósito del señor Bulnes el de elevar pequeños monumentos a la vanidad de los actores secundarios del drama de la guerra. Perseguía un propósito mucho más levantado.

Se ha dicho de la Historia del Consulado y del Imperio, por Thiers, que es la historia escrita por un estadista y para los estadistas. Algo semejante puede decirse del libro

del señor Bulnes. Él ha sido escrito muy especialmente para los políticos y los militares de este país. En él podemos aprender a organizar la victoria, a luchar con el desierto, a aprovechar los accidentes de nuestra configuración geográfica, y a evitar los peligros que esa misma configuración entraña para la defensa del país.

Por eso cuando describe los planes de conjunto y los detalles de la organización militar y administrativa, el señor Bulnes no teme ser prolijo. Sabe que está haciendo una obra útil y patriótica.

Así, por ejemplo, la campaña que dió comienzo en Pacocha, para tener su remate en los campos gloriosos de Tacna y Arica, es, sin duda, el tipo, el modelo, de lo que será siempre una guerra de invasión en los áridos desiertos del Norte de Chile y de la costa del Perú. Cuanto sepamos acerca de los detalles de esa expedición, puede ser aprovechado en lo futuro.

Igual cosa sucede con la campaña que tuvo por desenlace las batallas de Chorrillos y Miraflores y la ocupación de Lima, y aun es de sentir que el autor no le haya dado en su libro la extensión que dió a la primera.

Como ya lo hemos dicho, a pesar de su carácter didáctico, el libro del señor Bulnes es profundamente ameno. En el segundo volumen no dispone, es verdad, de los recursos dramáticos de la guerra naval, reducida en 1880 a simples incidentes de bloqueo, pero estos mismos le sirven de tema para bordar páginas pintorescas y sugestivas.

Las intrigas de la política y de la diplomacia, cuyo interés culmina alrededor de las conferencias de Arica, las campañas de merodeo de Lynch por los valles azucareros del Norte del Perú, y la expedición de Barboza a Mollendo, han servido también con éxito a la difícil tarea que

se propuso el autor, de dar variedad y colorido a su obra, sin acudir al gastado recurso de los ditirambos patrióticos.

Queda aún al distinguido historiador que hoy honramos, una promesa que cumplir y un deber que llenar: el poner remate a su obra. Creo que el mejor elogio que de ella puede hacerse, es dejar testimonio del profundo y sincero deseo que abrigan de verla concluída, todos cuantos se interesan en la gloria de Chile y por el lustre de las letras patrias.

